

López Quintás, A: *Romano Guardini, maestro de vida*, Ediciones Palabra, Madrid 1998, 415 págs.

Alfonso López Quintás fue discípulo de Romano Guardini en la Universidad de Munich por los años 60. La impronta que le dejó en su formación este guía de la juventud alemana –manifestada repetidamente a lo largo de su dilatado magisterio en la Universidad Complutense de Madrid–, queda plasmada por escrito en el segundo libro biográfico que le dedica a su maestro, donde nos presenta actualizada la figura humana y divina del pensador italo-alemán, escritor, catedrático universitario, conferenciante, intérprete literario, filósofo de la cultura, sacerdote católico, creador de una escuela de pensamiento de hondas influencias en la última mitad del siglo.

Esta biografía, cuidada en su edición al detalle –especialmente en las fotografías que dibujan la evolución del maestro–, a buen seguro que habría hecho las delicias del propio Guardini: “En una ocasión –cuenta López Quintás– me manifestó su firme decisión de no conceder derecho alguno de traducción de sus obras al español, debido al desencanto que le produjeron algunas ediciones poco cuidadas. Cuando le di palabra de que procuraría que las traducciones fueran fieles y la presentación esmerada, se le iluminó el rostro, me tocó amablemente en el hombro y me dijo: ‘¡Magnífico! Le doy todos los derechos’ Y ordenó a su editor, Hans Waltmann, que me facilitara un ejemplar de todos sus libros. Este acto de confianza en una palabra dicha con sinceridad permitió luego a la Editorial Cristiandad ofrecer al público hispano buena parte de sus obras” (264).

Sin duda, estamos ante un paradigma para el nuevo siglo que, tal y como nos lo encontramos aquí, en algunos momentos resulta irresistible la envolvente magia espiritual que desprende su personalidad. López Quintás ha sabido captar ese modelo de ser persona en la revisión minuciosa de la producción guardiniana –obras que ha ordenado en un apéndice final ofreciendo en primer lugar los títulos originales seguidos de las traducciones españolas e hispanoamericanas–, obras de las que ha traducido en muchos casos textos del alemán, y de las que, en suma, nos ha destilado su quintaesencia filosófica. Por todo ello, “R.G.maestro de vida” constituye una obligada carta de presentación en este momento de “vuelta a Guardini”, y quienes estamos interesados por la extraordinaria obra pedagógica de este maestro disponemos de una guía exhaustiva para comprender sus trabajos principales y situarlos debidamente en el conjunto de su prolífica producción. En fin, es de agradecer un libro biográfico actual sobre Romano Guardini en español porque además, excepción del publicado en 1966, no hay otro.

Por lo demás, parece ser que Guardini solía hablar muy poco de sí mismo, debido a su innata timidez, pero nos legó un par de *Diarios* que revelan aspectos de su intimidad que de otro modo no hubiésemos podido alcanzar, y sobre todo que nos muestran a un hombre de salud quebradiza y carácter melancólico que afrontó esforzadamente, a veces hasta el límite de sus fuerzas, los retos que le impuso su volun-

tad de servir a los demás, porque –como solía repetir– “lo más importante está todavía por hacer”. Gracias a su introspección nos ha dejado agudas reflexiones sobre *la melancolía*, una tendencia suya natural heredada del carácter de su madre, lo cual le llevó a estudiar a otro gran melancólico, Kierkegaard. Quintás le dedica a este tema un capítulo entero espléndido, “la melancolía y el talante espiritual de Guardini” (151-182), que proyecta una claridad interpretativa en clave de esperanza, no de tragedia como suele entenderse comunmente: “La melancolía de Guardini –concluye– arranca, ante todo, de la nostalgia de lo eterno y perfecto, y tiende a culminar en el amor, como clave de bóveda que lo armoniza y sostiene todo” (173).

En esos *Diarios* Guardini nos dejó escrito, por ejemplo, que en plena juventud sufrió una crisis espiritual que lo alejó de la vida religiosa. Tras un proceso de búsqueda, se sintió inundado de luz al meditar a fondo una sentencia evangélica: “Quien quiera salvar su alma, la perderá; quien la dé, la salvará”. La fuerza que encierra esta frase, aparentemente paradójica, impulsó la vida entera de Guardini y su obra. Coherente con ese impulso, llegó al final este hombre buscador de contrastes orando largamente, en ese último trance de la partida, con aquellas palabras –para él entrañables– de San Agustín: “Nos hiciste, Señor, para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que repose en Ti”. Esta tensión hacia lo alto, típica del talante melancólico que tanto sufrimiento le deparó a lo largo de su vida, otorgó a sus obras un hálito de *verdad* ciertamente capaz de trascender el peso de tristeza que, en algunos pasajes de su vida, nos deja entrever el peso de su existencia.

Indudablemente, uno de los temas más desarrollados a lo largo de su trayectoria intelectual es la necesidad de abrirse a *la verdad*, entendiendo sobre todo que la verdad originaria del hombre radica en su Creador, y *sólo el que conoce a Dios conoce al hombre*: “Fui creado desde el bien y para el bien. La verdad a la que estoy destinado, el bien hacia el que estoy dirigido, se llama semejanza con el que me creó. La sede del sentido de mi vida no está en mí, sino por encima de mí. En la medida en que me encierro en mí o –lo que viene a ser lo mismo– me encierro en el mundo, me desvíó de mi trayectoria”.

Guardini vio claro desde el principio de su carrera docente que su cátedra no podía reducirse a “una exposición de tipo apologético y comprensible para todos de las verdades de fe (...) Ciertamente, debía servir de ayuda a los oyentes, pero sólo en virtud de la fuerza de *la verdad buscada por sí misma*”. Uno de los rasgos peculiares de su magisterio es la claridad con que vio que la fuerza mayor de convicción radica en la verdad misma, no en el poder persuasivo de quien la proclama. Comentando sus clases, dice López Quintás que nunca intentaba persuadir ni convencer, sino que exponía de forma serena lo que entendía que es la verdad, y procuraba que cada oyente se sintiera apelado por ella y le diera la respuesta adecuada (42).

Impresiona en Guardini su *ethos* de verdad, su actitud de respeto y admiración hacia la verdad, su voluntad constante de buscarla y proclamarla: “... Estaba firmemente convencido de que una actividad de docencia académica sólo podía partir de

una búsqueda de la verdad metódicamente clara. Ciertamente, debía servir de ayuda a los oyentes, pero sólo en virtud de la fuerza de la verdad buscada por sí misma” (192). Lo cual, según testimonio de sus discípulos, si ejercía un hondo magisterio era porque daba la impresión de *autenticidad*, de ofrecer en sus clases el resultado de una búsqueda personal esforzada y sincera, y no hablar de oídas. “Esto era muy conmovedor: él no se cerraba nunca, no era el sabio; era sólo alguien que está siempre buscando, que busca la verdad total...” (86).

No intentaba dominar al oyente con sus razonamientos; ni siquiera se esforzaba por persuadirle a que siguiese tal o cual camino o se adhiriese a determinadas concepciones. No quería ser protagonista; se limitaba a exponer lo que entendía que era la verdad, y lo hacía más con actitud de búsqueda que de proclamación definitiva de lo ya encontrado. La meta docente de Guardini fue “ayudar mediante la verdad”. Su actitud era polarmente opuesta a la del sofista que toma la verdad como medio para ensalzarse a sí mismo mediante la exhibición de sus dotes personales (221). Guardini, en definitiva, nutrió su espíritu del amor a la verdad, del afán de buscarla y vivir de ella, vista como la fuente de la vida espiritual. La fidelidad a la verdad es la virtud de la *veracidad*, que se emparenta por ello estrechamente con la de la *autenticidad*. “Del espíritu de la veracidad ha nacido todo cuanto hay en la juventud de grande y duradero”. Esta fidelidad a la verdad, cuando es genuina, no implica alternería e intolerancia respecto a quienes piensan de forma distinta. Entraña, sencillamente, la voluntad de acercarse a quien es el Origen de todas las realidades y de su verdad interna. Por eso —observa profundo López Quintás— la veracidad implica, en todo rigor, un “servicio divino”.

A mi modo de ver, salvada esa “voluntad de verdad” por encima de todo, destaca su creatividad filosófica especialmente en la faceta de *hermeneuta*, es decir en su gran calado intelectual a la hora de interpretar textos. “En la tarea hermenéutica puso Guardini un empeño especial, por cuanto se hallaba en la base de la teoría de la *Cosmovisión* que constituyó el punto de partida, el motivo inspirador y el contenido de su magisterio en la cátedra de la Universidad de Berlín” (99). A esta labor interpretativa consagró obras como: *Hölderlin. Imagen del mundo y piedad*; *La interpretación de la existencia por Rainer Maria Rilke. Una interpretación de las elegías duinesas*; *La muerte de Sócrates*; *Una interpretación de San Agustín*.

Efectivamente, a lo largo de su vida realizó numerosas interpretaciones de grandes genios del pensamiento teológico (San Agustín, San Buenaventura, San Anselmo), filosófico (Sócrates, Pascal) y literario (Dante, Hölderlin, Mörrike, Dostoievski, Rilke) especialmente inclinados a descubrir el sentido profundo de la vida humana. No lo hizo por afán erudito ni académico, sino para entrar en contacto vivo con los problemas eternos que debatieron esos colosos de la cultura humana. “Comprendí cada vez mejor lo que significaba, en una época espiritualmente descolorida, una verdadera interpretación, y poco a poco fui elaborando un método para profundizar en la totalidad del pensamiento y la personalidad del autor desde una

correcta interpretación del texto, procurando enlazar con ello las problemáticas fundamentales”. Guardini –concluye su biógrafo– deja hablar ampliamente a los autores y escucha su voz con la sensibilidad aguda que le otorga su gran cultura y su viva preocupación por los mismos problemas.

Una y otra vez, invitaba a los oyentes y a los lectores a interpretar de por sí los textos y leerlos de forma *genética*, como si los estuvieran gestando ellos mismos. Ésa era, de hecho, su práctica habitual; por eso sus libros de interpretación tienen un carácter en buena medida *autobiográfico*. La verdad y el bien debemos buscarlos cada uno con nuestro propio esfuerzo, al modo propugnado por Sócrates. El estudio de los textos de otros autores debe servirnos para incentivar nuestra búsqueda personal. Si leemos de forma creativa, con impulso personal, cada texto adquiere en cada momento un carácter de *originariedad*, de auténtica *novedad*, “lograr esta novedad es la tarea más noble de la interpretación”, pensaba. La voluntad de enfrentarse personalmente a los textos para elevar la propia vida a un nivel más alto llevó a Guardini a prescindir en buena medida de la bibliografía referente a los autores analizados. Sabía que este procedimiento no se atenía a los criterios de la metodología académica al uso, con las desventajas que ello le podía acarrear. Prefirió, sin embargo, mantenerse fiel a su deseo de ir a las fuentes de modo directo, para abordar los temas tratados de modo espontáneo y personalmente comprometido (379-380).

En todo caso, hemos de vincular esa tarea hermenéutica suya (teoría) con la de anclar su vida en la *verdad* (práctica), entendida la verdad como la petentización de la realidad y la capacidad humana de hacerse cargo de ella, y convertir ese conocimiento en una fuente de *amor* y *alegría*. “Este estilo ‘holista’, comprehensivo, de pensar viene determinado por la ‘teoría del contraste’, que nos enseña a ver como aspectos de la realidad *complementarios* lo subjetivo y lo objetivo, el interior y el exterior, la vitalidad y la forma, la teoría y la praxis, la libertad y la obediencia, la autonomía y la heteronomía, y tantos otros aspectos cuyo análisis aquilatado permite a Guardini clarificar en sus obras temas muy complejos y a menudo malentendidos” (70-71). Guardini mostró, en suma, un espíritu amplio, flexible y ágil para ver que muchas realidades aparentemente ‘opuestas’ no son sino ‘contrastadas’ (324).

En la década del 20 al 30 –observa López Quintás con precisión–, diversos autores subrayaron la importancia de las interrelaciones. La investigación de este tipo de realidades relacionales –que R. Le Senne denominó ‘atmosféricas’– permitió a Guardini anclar su pensamiento en los seres concretos y no reducirlos a meros ‘objetos’, realidades mensurables, delimitadas, asibles, manipulables. Su poderosa intuición le permitió descubrir que existen realidades que son más bien un ‘ámbito de realidad’ que un objeto. Con este tipo de realidades ‘ambientales’ podemos *encontrarnos* en sentido riguroso. Al hacerlo, fundamos con ellas un modo relevante de unidad que supera toda escisión entre el dentro y el fuera, lo interior y lo exterior. El creyente que se encuentra con la Iglesia y vive la vida eclesial instauro con ella un campo de juego y de intimidad. Es distinto de ella pero no distante, externo, extraño, ajeno. Sin

perder su condición individual, propia de los seres personales, gana de esta forma una dimensión comunitaria sumamente fecunda y supera todo riesgo de individualismo religioso" (364).

Reparemos, en fin, que después de interpretar la vida en los textos, buscador infatigable de la verdad, Guardini doblegó con maestría el lenguaje hasta encontrar su máxima expresividad. "Oigamos": "Un día fui solo por el bosque. Los abetos se alzan hacia lo alto, tranquilos. Musgo dulce y espeso cubre el suelo entre las ramas. El pie se hunde profundamente. Es como si se fuera sobre una alfombra gruesa, y no se oyen los pasos. ¡Qué profundo silencio! Guarda silencio también tú. ¡Cállate, pensamiento! ¡Tranquilízate, afán incesante! Concede espacio a las cosas. Mira cómo van saliendo con tiento de su encierro; de la sorda existencia a la que las sometemos cuando sólo las conocemos y usamos. Mira cómo entra cada una en sí misma; se abre en ella un centro; todo adquiere, por así decir, una identidad propia. Y ahora tú vas entre cosas que tienen verdadera consistencia. Están ahí y tienen su sentido en sí mismas". "El sol lo llena todo con su mágica luz. Ésta tiene poder en sí, se halla en el espacio, impera a través de él, como un ser. Es toda claridad; sin nada de sobra, y sin embargo es tan profunda y llena de misterio...". "El misterio que late en la oscuridad del caos, en la impenetrabilidad de un ser enmarañado no es en absoluto lo más profundo. La intimidad más profunda se halla en la forma totalmente luminosa; en la figura que no tiene ningún rincón oscuro. Pero, bien entendido, cuando la luz lleva en sí la claridad del espíritu y la belleza entrañable del corazón y el poder transformador del amor. Yo creo que nadie puede comprender lo que fue la idea para Platón y luego para San Agustín si no siente el misterio de la luz, vista de esta forma. Y lo mismo lo que entiende San Juan por el 'Logos', del que dice que es 'Luz'. El Logos que promete que va a irradiarse en los espíritus y a conmover los corazones, y hacer que se le ame; y en cuya luz alumbrará un día el Nuevo Cielo y la Nueva Tierra que no necesitarán luces porque serán iluminadas por Él mismo" (253).

José Luis CAÑAS

En torno a la edición de algunos libros con motivo del *octavo centenario de Averroes*.

Entre las múltiples actividades desarrolladas este pasado año con motivo de la conmemoración del octavo centenario de la muerte de Averroes (+1198), no ha sido la menor de ellas la de la edición y reedición de libros en torno a la más señera figura filosófica del islam andalusí, y, si no español, sí también la más destacada nacida en la Península Ibérica. Se ha de señalar que aunque aquí fundamentalmente nos centraremos en su obra filosófica, la personalidad y curiosidad de Averroes también abarcó otras actividades en las cuales ha sido asimismo un personaje de primerísima